

#### CAPÍTULO IV

La Alcarria. — Pastrana. — Zorita

**M**EMORIAS halagüeñas é impresiones más vivas que las de una excursión ordinaria, debidas acaso, más bien que á los objetos mismos, á circunstancias accidentales y al estado íntimo del corazón, servirán al autor de disculpa, si al referir las siguientes jornadas, sustituyendo la forma de narración á la descriptiva en beneficio de la variedad, deja por primera vez asomar ese *yo* tan molesto y continuo en los modernos escritores de viajes. Sin ganar al lector con indiscretas confianzas, sin prometerle extraños lances y aventuras, si es que le place el guía, seguirle podrá por la quebrada y pintoresca Alcarria, se-

guro de que no ha de abusarse de la compañía para distraer su atención de las cosas, y ocuparle mal su grado de la persona que poco ó nada le interesa.

Espiraba en el raso horizonte la luz postrera del 14 de Agosto de 1848; y quedábase á la espalda el pueblo de Santorcaz ó San Torcuato con su palacio arzobispal, cuya cuadrada torre en el siglo xvii tuvieron por prisión el marqués de Siete-iglesias y el duque de Híjar; y el castillo de Pioz, defendido en los ángulos por cuatro redondos torreones, asomaba una legua después á la vera del camino: cuando se presentó á nuestros ojos aquella montuosa y agreste comarca de indecisos límites y de arábigo nombre, que recordando las *alquerías* y dispersos caseríos de sus pobladores sarracenos, ofrece singular analogía con el nombre y situación de la primitiva Olcadia entre los celtíberos y los carpetanos contenida. Alta, pedregosa, surcada en todas direcciones por hondos valles ó más bien barrancos por donde se deslizan apacibles y nombrados ríos, pingüe y feraz en las cañadas, desnuda y yerma en las alturas ó de bajos matorrales solamente vestida, pero brindando con sabrosos pastos á numerosas greyes, y á densos enjambres de abejas con aromáticas flores, encierra reducidos jardines, variadas perspectivas, y un pueblo sencillo y bueno, cuyas patriarcales costumbres, á pesar de los corrompidos hábitos de la corte no lejana, mantiene allí generalmente el pastoril ejercicio. Sus lugares, frecuentes aunque cortos, parecen haber brotado del seno de la hondonada al par de la pequeña huerta que los circunda, ó haberse fabricado un nido de verdor en los recodos de las calizas peñas; nada anuncia su proximidad, ni descuella sobre sus techos siquiera la humilde torre de la parroquia: su caserío, disimulando la vejez á fuerza de aseo, se engalana con frondosas vides y toldos de pámpanos, como para avergonzar la desnudez de que hartó á menudo adolecen las campiñas.

Loranca de Tajuña, dominada por un castillejo, y tomando el nombre del río que á sus plantas corre, presentaba en este

género el primer tipo: pero la noche ya cerrada sólo me permitió divisarla entre arboleda y dispuesta en anfiteatro; y la cuesta rápida y larguísima como todas las del país, y los densos vapores del valle plateados por espléndida luna, y el murmullo del río todavía riachuelo, formaban en mi fantasía aquel sencillo y *quieto* paisaje que adivinar se deja en los misteriosos versos de San Juan de la Cruz:

Y la caballería  
Á vista de las aguas descendía.

Más de una legua serpeó nuestro camino á orillas del Tajuña por entre áridos y blanquecinos cerros, en cuyos ángulos y cavidades se abrigan sonoros ecos prontos á despertar al menor ruido del hombre ó de la naturaleza, hasta el pueblo de Hontova, menor todavía que Loranca, y sito al pié de otra cuesta no menos fatigosa. Atravesado un erial y pedregoso monte, al principio de la nueva bajada volvieron á aparecer los árboles y á murmurar las corrientes; y el ladrido de los perros vigilantes en las eras publicó nuestro arribo á Pastrana, que en el declive de la colina desplegaba una tras otra sus pendientes calles. El pueblo dormía todo; pero amable y franca hospitalidad (1) aguardábame á deshora en el palacio de los antiguos príncipes de Éboli y duques de Pastrana, que alumbrado de lleno por la luna, dominaba la desierta plaza con sus dos cuadrados torreones. Á uno de ellos correspondía la estancia que se me previno; y á la dudosa luz que penetraba por las cortinas de la ventana abierta en el macizo muro y defendida con fuerte reja, bajo aquella artesonada techumbre robusta y sombría como el carácter de su época, triunfaron por buen rato del cansancio y del sueño, á que mullido lecho convidaba, el recuerdo del anciano

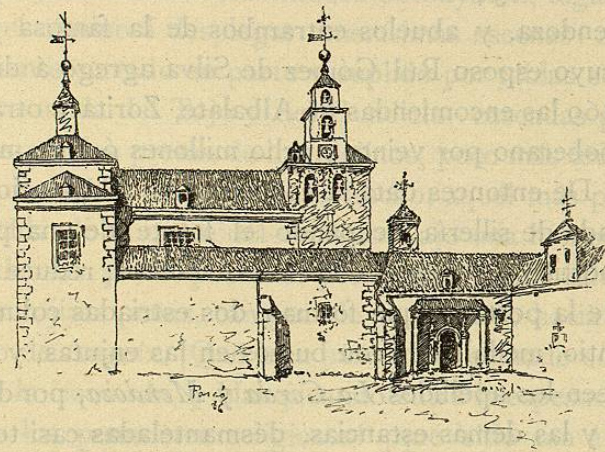
(1) El plan de estelibro no me permite decir más acerca de la que debí á D. Manuel Somalo, administrador del duque del Infantado en Pastrana, y á su apreciable familia.

Rui Gómez de Silva vaciado en el molde de Felipe II, y el de su bella consorte D.<sup>a</sup> Ana de Mendoza y Lacerda, única mujer acaso que tuvo imperio en el corazón del austero monarca, y cuyos galantes favores tan ominosos fueron á su incauto valido Antonio Pérez (1).

Despertóme, ya muy entrado el siguiente día, el solemne repique de campanas con que la iglesia festejaba la Asunción de nuestra Señora: una devota procesión recorría las calles que no desdeñara de tener por suyas alguna ciudad de provincia, y en pos de sí me condujo hasta la colegiata, honrada con este título en 1573 á instancia de los ilustres esposos. Su hijo fray Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza, renovó á sus expensas el edificio para entierro propio y de su familia, según la inscripción que el ámbito rodea; y á su época pertenece el altar mayor, obra de buen gusto, cuyos tres cuerpos adornan columnas estriadas. Pero el templo, con sus tres naves y ancho crucero y aplanada cúpula, ha quedado insignificante; aunque las negruzcas piedras y semicirculares ventanas de la gruesa torre, las macizas columnas cilíndricas del trascoro con algún capitel de corte bizantino, los arcos de aguda ojiva, y de leve herradura alguno, correspondientes á la bóveda del coro, algunos restos de crucería en forma de estrella, y la sencilla portada gótica de arco rebajado entre dos pilarcitos, son vestigios de su antigua existencia, cuales en el siglo XIII, cuales en el XV. Siete urnas idénticas de mármol, colocadas dentro de nichos en el subterráneo panteón, custodian las cenizas del consejero y de la dama del

(1) Aunque la poesía ha coloreado sobradamente la dramática historia de este personaje, están fuera de duda sus relaciones con la princesa de Éboli, que tanta parte tuvieron en el asesinato de Escovedo, secretario de D. Juan de Austria, y que excitaron todo el rigor del celoso monarca contra su infiel ministro. En sus relaciones el mismo Pérez indica algo de la pasión del rey hacia la hermosa dama y del desvío con que era correspondido. Fué presa en Madrid la princesa, á la misma hora que el valido, en 28 de Julio de 1579, y desde su palacio de la calle de la Almudena conducida á la fortaleza de Pinto; puesta algún tiempo después en libertad, murió en Pastrana año de 1592. Su esposo Rui Gómez había ya fallecido en 1577.

gran Felipe y de la ducal estirpe de entrambos (1); y en sus fúnebres aniversarios brillan aún los candeleros y la cruz de ébano, los negros ornamentos de terciopelo y el paño de tumba ricamente bordado que se estrenaron para sus exequias.



COLEGIATA DE PASTRANA

Formando gradería con sus techos y cubriendo la empinada ladera, goza Pastrana (2), cabeza de aquel distrito, de ameno bien que reducido horizonte; y los huertos de su angosto valle y las viñas y olivares de las fronteras lomas brindan con sus umbrías sendas á deleitosos paseos. Dentro de su cerca quedan

(1) De estas siete urnas ocupan las dos Rui Gómez de Silva y su consorte; otras dos D. Diego de Mendoza y Lacerda y D.<sup>a</sup> Catalina de Silva, padres de la princesa; la quinta el nieto de los príncipes Rui Gómez de Silva, tercer duque de Pastrana, muerto en 1626; la sexta D.<sup>a</sup> Leonor de Guzmán, su esposa, princesa de Mélito, fallecida en 1656; y la séptima D. Rodrigo de Silva, cuarto duque de Pastrana, hijo de los dos anteriores, que murió en 1675. En el mismo panteón yace sin lápida el restaurador de la colegiata fray Pedro González de Mendoza, que por una singular anomalía bajó de arzobispo de Granada y Zaragoza á ser obispo de Sigüenza. Su hermano D. Rodrigo, segundo duque de Pastrana, que murió en Flandes en 1596, está enterrado en el convento de San Buenaventura. No existen en la colegiata otros sepulcros, sino dos de mármol traídos del convento de Bolarque y colocados en la capilla de las reliquias, donde yacen D. Francisco de Contreras, comendador mayor de León y presidente de Castilla, *grande amante de lo justo, de los pobres y de los religiosos*, y su mujer D.<sup>a</sup> María Gasca de la Vega de ejemplar virtud, que murieron el uno en 1630, la otra en 1625.

(2) Redúcese por algunos á esta villa la Paterniana nombrada por Tolomeo.

ya comprendidos los que antes eran arrabales, y uno de ellos conserva el nombre de Albaycín importado probablemente de Granada. Perteneció la villa un tiempo como otras sus vecinas á la orden de Calatrava, hasta que en calidad de maestre la vendió Carlos V en 1542 á D.<sup>a</sup> Ana Lacerda, viuda de Diego Hurtado de Mendoza, y abuelos entrambos de la famosa princesa de Éboli, cuyo esposo Rui Gómez de Silva agregó á dicho estado en 1569 las encomiendas de Albalate, Zorita y otras, compradas al soberano por veinte y ocho millones ó algo menos de maravedís. De entonces data la construcción del palacio: su robusta fachada de sillería, ocupando el frente de una plaza rodeada de pórtico y recién plantada de arbolitos, reduce todo su ornato al de la portada, que forman dos estriadas columnas de orden corintio, medallones con bustos en las enjutas, y un friso donde se leen los apellidos *La Cerda* y *Mendoza*; por dentro el gran salón y las demás estancias, desmanteladas casi todas, no tienen más que sus grandes chimeneas y sus techos artesonados con gruesos casetones y friso de relieves. Al palacio domina el convento franciscano de San Buenaventura, fundado por el mismo obispo de Sigüenza para los religiosos de su orden en 1637; y la despejada nave de su iglesia, que en fecha tan avanzada se engalanó aún con gótica crucería, y la de religiosas franciscas de la Concepción, y la de carmelitas descalzos en las afueras acogen todavía las oraciones de los fieles: mas no han salvado de la ruina al último convento el recuerdo de haber sido uno de los primitivos semilleros de la orden y las huellas en él estampadas de Santa Teresa (1).

(1) Dentro de las tapias de su huerta consérvanse dos ermitas que llevan el nombre de Santa Teresa y de San Pedro. Del casi inspirado viaje que hizo la Santa á Pastrana desde Toledo en 1569, á instancia de los príncipes de Éboli, del convento de monjas descalzas que allí fundó y donde permaneció por algún tiempo, del momentáneo ímpetu de la princesa de meterse religiosa durante los primeros días de su viudez, de su amor al instituto trocado en aborrecimiento, por no hallarle acomodado á su genio violento y caprichoso, y de la nocturna retirada de las monjas, que á los pocos meses abandonaron su convento, habla largamente la vida de la insigne fundadora. Mejor suerte cupo al de religiosos establecido al

De la excursión emprendida por los contornos al incierto albor del inmediato día fué primer objeto otro humilde convento de carmelitas descalzos en el nombrado *desierto* de Bolarque, á dos leguas de Pastrana, temiendo hallarle víctima de abandono semejante. Desde los viñedos de Sayatón, lugar pequeño, empezó el camino á desplegar amenísimas escenas: aquí un antiguo puente cortado en parte y suplido por tablas sobre la corriente ya unida del Tajo y del Guadiela, cascadas pintorescas formadas por las presas de los molinos, poco más arriba la confluencia de ambos ríos, éste más ancho, aquél más profundo, y luégo enfilando el cauce del verdoso Tajo una hoz estrecha, de altos y densos pinos poblada, por cima de los cuales asoman pardas y rojizas peñas, campeando en el fondo hacia el norte el castillejo de Anguix. ¡Qué bien parece allí sentado sobre un reuesto á la izquierda, y blanqueando entre la espesura, el pobre asilo de los penitentes religiosos! ¡qué sitio tan á propósito aquel, en que el alma como comprimida por la angostura de acá abajo, lanzábase disparada al cielo! ¡qué acordadamente se unía el compasado rezo ó la silenciosa oración al grave rumor de las ondas ó al solemne bramido del viento en los pinares! Suave calma embarga el pecho todavía al salvar la puerta exterior del piadoso recinto: pero ¡ah! el convento yace desierto y mudo; iglesia, claustro, portería, todo reducido, sencillo todo hasta la desnudez, sólo hablan con las escogidas sentencias de la Escritura y Santos Padres que cubren sus paredes, y con los ingenuos y sentidos versos, que no son de época ni escuela alguna, como las verdades religiosas que recuerdan. Esparcidas por los agrestes cerros se ven de doce hasta veinte ermitas para ocasiones de extraordinario retiro, en que á la vida de comunidad, por más que austera y solitaria, reemplazaba la de los primiti-

mismo tiempo por fray Mariano bajo los auspicios de la Santa, que le ganó para la orden, y encomia altamente sus virtudes. No es poco interesante ver á la de Éboli en relaciones á un tiempo con Santa Teresa y con Antonio Pérez, luchando tal vez entre sí la pasión y los remordimientos.